

ción, precisamente, no ayuda a eso. El hecho de estar tan mal escrito hace que se pierda todo el interés que la historia podría tener.

JAIME  
JARAMILLO ESCOBAR

## Los miedos cambian

**Cofradías, capellanías, epidemias y funerales.**

**Una mirada al tejido social de la Independencia**

Ana Luz Rodríguez González  
Banco de la República-El Ancora  
Editores, Bogotá, 1999, 236 págs., il.

La investigación de Ana Luz Rodríguez corresponde a su tesis para optar al grado de maestría en historia, de la Universidad Nacional, sede Bogotá. Para su realización contó con el apoyo de la Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología del Banco de la República. El trabajo es novedoso en cuanto trata un tema hasta ahora poco estudiado por los historiadores colombianos: los aspectos sociales relativos a la enfermedad y a la muerte, en un periodo de nuestra historia nacional, todavía bastante desconocido. El trabajo comprende tres capítulos centrales sobre “viro-lentos y leprosos”, las cofradías y las capellanías, y “testadores y finados”, con relación a Santafé de Bogotá, y entre 1800 y 1830.

La autora muestra cómo en los primeros años del siglo XIX se transformaron las maneras de vivir la enfermedad y la muerte, con la aparición del hospital provisional y del cementerio en campo abierto. Estas medidas fueron introducidas en medio de la célebre epidemia de viruela de 1802, para responder de manera organizada a los riesgos del contagio, lo cual supuso una ruptura con medidas como el degredo, que se aplicaba ante el pánico que causaban enfermedades contagiosas. El degredo consistía en el aisla-

miento físico y social de los enfermos en lugares apartados para neutralizar los efectos de la enfermedad. Aunque fue considerada su aplicación durante la epidemia, finalmente primó el nuevo concepto de hospital localizado dentro de la ciudad, donde se construyeron tres de ellos, abiertos sólo durante la epidemia. La red de hospitales tenía como objetivo auxiliar a los contagiados pobres, la población más vulnerable a pesar de lo generalizado del virus, y controlar las reacciones individuales que atentaran contra la colectividad. Respecto a la lepra, los temores de contagio eran mayores no obstante las observaciones médicas para desmentirlos. Las dos enfermedades aparecen relacionadas durante la misma época, cuando se presentaron cuestionamientos a la forma de reclusión de los enfermos en relación con la propagación de las enfermedades por medio del “aire enrarecido”.

Debido a que la vacuna contra la viruela descubierta en Inglaterra por el médico Edward Jenner en 1796 desató una especie de optimismo por sus posibles resultados benéficos sobre otras enfermedades, se facilitó considerar el tránsito del degredo de los enfermos de elefantiasis a su reclusión en un hospital, asunto que venía discutiéndose desde 1801 y que se reactivó posteriormente. A éste cambio también contribuyó el deseo de “humanizar” el trato dado a los enfermos, pues eran sometidos al aislamiento definitivo en el hospital de San Lázaro en Cartagena, y la pretensión de disminuir los costos de su traslado desde la capital del virreinato. Respecto a los cementerios, el cambio supuso el tránsito de la sepultura dentro de las iglesias a la inhumación de los cadáveres en campo abierto, pues se consideraba nefasto para la salud el entierro de los virolentos en el suelo de los templos. Según la autora, pasada la epidemia, los gobiernos republicanos introdujeron por 1830 la noción de cementerio público y la inhumación en campo abierto. Esto supuso un proceso diferencial al que se sometieron en primera instancia de manera masiva los sectores popu-

lares, y de complejas resistencias, pues se consideraba que el depósito del cadáver en la iglesia garantizaba la protección sobrenatural sobre el cuerpo y el alma, condición a la que no renunciaban fácilmente los fieles.



Renán Silva<sup>1</sup>, citado y consultado por Ana Luz Rodríguez, había señalado ya estas novedosas transformaciones, relativas a los cementerios y al tratamiento dado a los virolentos. Tratándose de los hospitales, la investigación de este autor como la literatura histórica sobre el tema, sin embargo, muestran que quizás el cambio más importante se dio en cuanto que los hospitales —conventos—, se alejan hacia finales del siglo XVIII del ejercicio de prácticas caritativas ordenadas por el evangelio a los religiosos y fieles para apropiarse otras de carácter médico curativo, en el sentido moderno de la palabra<sup>2</sup>. Como lo ha dicho Renán Silva, este fue un largo y tortuoso proceso —no necesariamente evolutivo— en la adopción, apropiación y difusión de modelos culturales modernos (conjunto de saberes y prácticas) asociados a la noción de salud pública en nuestro país y del que la epidemia de viruela de 1801-1802 es un eslabón más<sup>3</sup>. No



obstante esto, es importante considerar, como lo hace Ana Luz Rodríguez en su investigación, que la entrada de los contagiados a la ciudad por medio de hospitales, así fueran provisionales, suponía un cambio trascendental en las relaciones de la sociedad santafereña con la enfermedad y con lo enfermos, al mermar sus temores como resultado de la adopción de nuevos saberes sobre el contagio. Otra precisión que es necesario hacer, es que la autora subvalora el conflicto que sostenían el virrey Mendinueta y el cabildo de la ciudad en medio de la epidemia y en torno a la manera de enfrentarla. Lo que llama “leves discrepancias” entre el virrey y el cabildo (pág. 221) fue en verdad un agudo enfrentamiento, según lo ha demostrado Renán Silva, que llevó a una especie de “golpe de Estado municipal”<sup>4</sup> por medio del cual el virrey retiró al cabildo toda autoridad sobre la ciudad, centralizando en dos de sus miembros la política de control de la enfermedad y quitándole toda injerencia sobre las rentas destinadas para el asunto. Además, el virrey se oponía a que se llevara a cabo la inoculación, por temor a que se propagara el contagio y proponía el degredo como la medida más encomiable. Finalmente, ausente el virrey de la ciudad y con el desarrollo de novedosas y exitosas políticas de salubridad el cabildo, con disposición de recursos, recobró iniciativa y echó mano de la inoculación bajo regulación médica “como último recurso”, en vista de que no fue posible la consecución de la vacuna contra la viruela.

En el tema Ana Luz Rodríguez hace nuevos aportes, esta vez resultado de su propia cosecha, que pudieran nombrarse como la “demoografía urbana de la epidemia”, al construir mapas y cuadros que permiten conocer la distribución y características de la población más vulnerable a la epidemia en los ocho barrios de la ciudad, clasificándolos por edades, situación económica y tipo de vivienda. Esta parte del primer capítulo, que deja conocer nuevas facetas de la historia urbana de

Santafé de Bogotá, hubiera cobrado más vida y color con los testimonios documentales de la gente de carne y hueso (viajeros, mandatarios, vecinos y cronistas de la ciudad) sobre la epidemia. Para dejar ver algo que tanto enuncia y que no muestra: sus miedos individuales y colectivos, pero también las actitudes religiosas frente al fenómeno (las rogativas y devociones religiosas que desató), las representaciones e imágenes sobre la enfermedad y los enfermos, las tensiones y desórdenes sociales que causaba la enfermedad y los cambios que implicaba en los ritmos de la vida cotidiana.



El segundo capítulo de la obra trata sobre un tema que todavía está por ser estudiado en el país: las cofradías y las capellanías coloniales. En él la investigadora ofrece nuevos aspectos para el conocimiento de la sociabilidad en la Santafé colonial. Como lo dice en las Conclusiones, en el tema confluyen de manera inexplicable para nuestra sociedad contemporánea lo religioso y lo económico, lo político y lo espiritual. El análisis de los testamentos, los libros de cuentas de las cofradías y la documentación notarial, permiten conocer las concepciones de los santafereños sobre la vida y la muerte, el papel que desempeñaron los clérigos como intercesores entre vivos y muertos, las formas de la religiosidad urbana y las relaciones económicas que desataba lo devocional. Señala la autora, que se percibe en

las cofradías tres motivaciones principales: asegurar el servicio de pompas fúnebres de las parroquias, garantizar la solidaridad de los cofrades vivos para con los muertos, contribuyendo con sus oraciones a salvar su alma, y desarrollar una sociabilidad en torno a variadas celebraciones religiosas. Por último, anota que la función asistencial para con los pobres no se desarrolló tanto en las cofradías americanas como en las europeas. No obstante la dificultad para establecer la adscripción parroquial de algunas cofradías, la autora encuentra que para la Santafé de principios del siglo XIX eran alrededor de catorce cofradías distribuidas en los ocho barrios de la ciudad, que contaba con unos 22.000 habitantes y cuatro parroquias. La autora sortea lo escaso y fragmentario de la información, para lograr dejar a los lectores un panorama de la organización interna de estas instituciones, sus características sociales y económicas y las normativas estatales y eclesiásticas que existieron para regularlas. A pesar del aporte que supone la investigación para el conocimiento de la religiosidad urbana, quedan todavía interrogantes por resolver sobre el papel de estas instituciones en los procesos políticos de la época —recuérdese que se trata del periodo de Independencia— y conocer un mapa social más completo de ellas.

Las capellanías complementaban la labor de las cofradías, pues las oraciones y misas que encargaban los finados por su alma corrían por cuenta de ellas. De ahí que los testadores dejaran bienes y recursos económicos para garantizar su cumplimiento por medio de la fundación de capellanías u obras pías. Así, los testamentos se convierten en una fuente clave para el estudio de estas instituciones religiosas, cuyas rentas eran administradas por un “patrón”, laico o eclesiástico, y que aportaron importantes caudales, alimentando y dando movimiento a las formas del crédito colonial, como ya hace años lo demostrara el historiador Germán Colmenares<sup>5</sup>. La investigadora también muestra la forma como estos



atractivos bienes (que podían ser haciendas, casas y capitales) cumplían una función “espiritual” sin sustraerse a los intereses económicos más pragmáticos y terrenos, y por ello mismo fueron el escenario de relaciones de poder entre las esferas estatal y eclesiástica.

En el último capítulo la autora explora una considerable suma de 320 testamentos de los archivos notariales de Santafé, para estudiar las prácticas y costumbres funerarias, y concluir que, aunque señalan una tendencia general, “...sin embargo, no alcanzan a expresar los estremecimientos acaecidos ante sucesos como la epidemia de viruela de 1801-1802, los conflictos por la desamortización de bienes espiritualizados sucedidos entre 1804 y 1809, las convulsiones políticas de 1810, 1816 y 1819 y, por último, las presiones del gobierno republicano entre 1823 y 1830 para suspender la inhumación en iglesias” (pág. 156).

Estudiar los testamentos desde la perspectiva de las costumbres funerarias, supone, como lo señala Ana Luz Rodríguez, valorarlos como documentos que trascienden la simple declaratoria notarial, para reconocer sus significados sociales, religiosos y sentimentales. Los testadores santafereños, fueran propietarios o carentes de bienes, lo hacían en medio de diferentes circunstancias: por previsión, por enfermedad, por embarazo en el caso de las mujeres, en vista de lo riesgoso de participar en una campaña militar o en algunos casos, por la pena de muerte que se les imponía.

Ésta, como toda investigación que debe delimitar su atención sobre series documentales parciales, ofrece un significativo y esforzado análisis y un conjunto de cuadros sobre los habitantes (hombres y mujeres) que testaron, su nivel económico y de alfabetización, su clasificación por parroquias, su situación económica, los motivos para testar, los tipos de mortaja y lugares de sepultura solicitados, los costos que alcanzaban los funerales y misas por el alma y, por último, la pretensión de fundar capellanías por parte de los testadores y su pertenencia a cofradías.

Con su tesis de maestría, Ana Luz Rodríguez da continuidad a la historia urbana en Colombia, y toma distancia de lo institucional —lo que no quiere decir que lo abandone— para estudiar lo religioso como fenómeno social según la tendencia de la historiografía reciente. Explora una amplia variedad de fuentes primarias estadísticas, institucionales, notariales, testamentarias, criminales y eclesiásticas, entre otras. En la obra se conjuntan las perspectivas de los estudios sobre historia urbana, religiosidad, historia de las mentalidades, y vida cotidiana, y es una buena invitación a trabajar el periodo de la Independencia, no siempre tan apetecido entre los historiadores de profesión.

JUAN CARLOS  
JURADO JURADO

1. Renán Silva, *Las epidemias de viruela de 1782 y 1802 en la Nueva Granada. Contribución a un análisis histórico de los procesos de apropiación de modelos culturales*, Cali, Universidad del Valle, 1992.
2. *Ibid.*, pág. 8.
3. *Ibid.*, XV-XVI y 82.
4. *Ibid.*, págs. 78 y 79.
5. Germán Colmenares, “Censos y capellanías: formas de crédito en una economía agrícola”, en *Cuadernos Colombianos*, vol. 1, núm. 2, marzo-junio de 1974.

## Un clásico

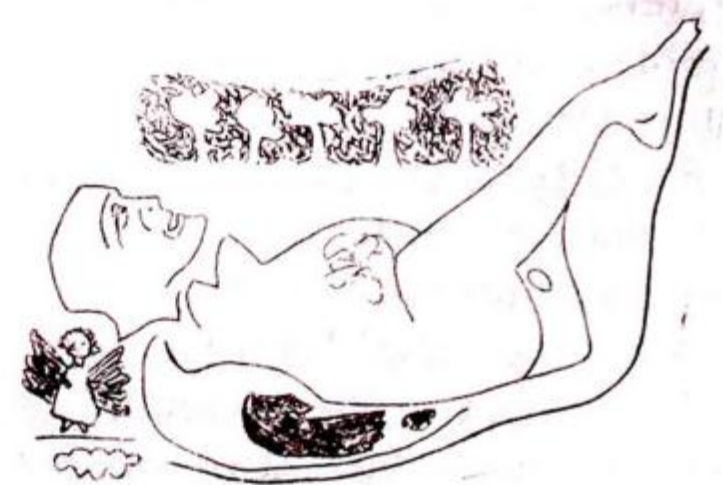
### **Café y conflicto en Colombia (1886-1910)**

Charles Bergquist

Banco de la República/El Áncora Editores, 2.<sup>a</sup> ed., Bogotá, 1999, 403 págs.

Hace más de cien años se inició en nuestro territorio la guerra civil más sangrienta, prolongada y costosa del siglo XIX en toda América Latina. Sobre la historia de este acontecimiento se destaca como un libro pionero *Café y conflicto* del historiador estadounidense Charles Bergquist, del que se acaba de publicar su segunda edición en español.

La primera versión de la investigación fue presentada como tesis de doctorado en 1973, lo que indica que la investigación se realizó entre fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970. Cuando se efectuó la investigación, el paradigma dominante en las ciencias sociales de América Latina era la teoría de la dependencia, que de alguna forma, al parecer marginal, influyó también en las universidades de los centros capitalistas del mundo, como en Estados Unidos. Pero, como nos lo recuerda en el prólogo a la segunda edición en inglés de 1986, si bien el impacto de la teoría de la dependencia se puede apreciar con relación a las tesis centrales de *Café y conflicto*, Bergquist no cayó prisionero del esquematismo propio de la mayor parte de análisis hechos desde esta corriente, que reducían la historia a una serie de fórmulas mecánicas a partir de los cuales estudiaban la historia, sin profundizar en el análisis de material empírico que pudiera desmentir o corroborar sus esquemas. Para sortear el esquematismo, era necesario adentrarse en el conocimiento de una realidad específica, con toda su riqueza y complejidad. Y la formación profesional como historiador de Charles Bergquist le permitió fundir de manera creadora los aportes indudables de la teoría de la dependencia con el estudio de la realidad colombiana de fines del siglo XIX.



El objeto de estudio particular que aborda el libro que estamos comentando es la guerra de los Mil Días (1899-1902), pero la manera como se aproxima el autor es de por sí llamativa, porque para considerar-